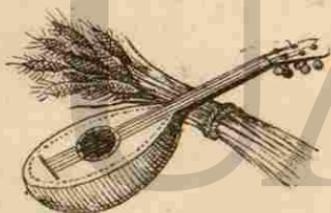


JUAN B. DELGADO

CANCIONES SURIANAS

1897-1900



MÉJICO

EUROPEA, DE J. AGUILAR VERA Y COMP. (S. EN C.)

Calle de Santa Isabel Núm. 9.

1900

DELEGADO

SURTI MAS

521,9745

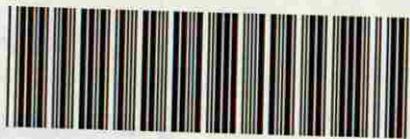
1987M

M1579

.4
D4

C3

.1



1080023611



EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis



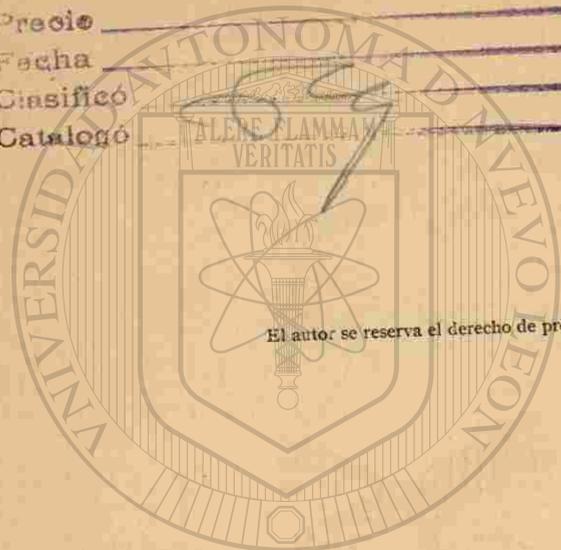
CANCIONES SURIANAS

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Núm. Clas. MP61.62
Núm. Autor D352c
Núm. Adg. 3190
Procedencia -6-
Precio _____
Fecha _____
Clasificac. _____
Catalogo _____

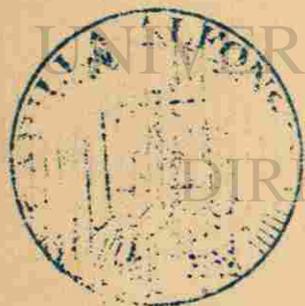
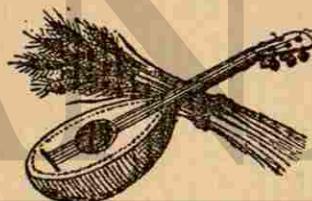


El autor se reserva el derecho de propiedad.

JUAN B. DELGADO

CANCIONES SURIANAS

1897-1900



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ



MEJICO
TIP. Y LIT. «LA EUROPEA» DE J. AGUILAR VERA Y COMP. S. EN C.
Calle de Santa Isabel Núm. 9.

1900

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
Biblioteca Valverde y Tellez

3190 FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

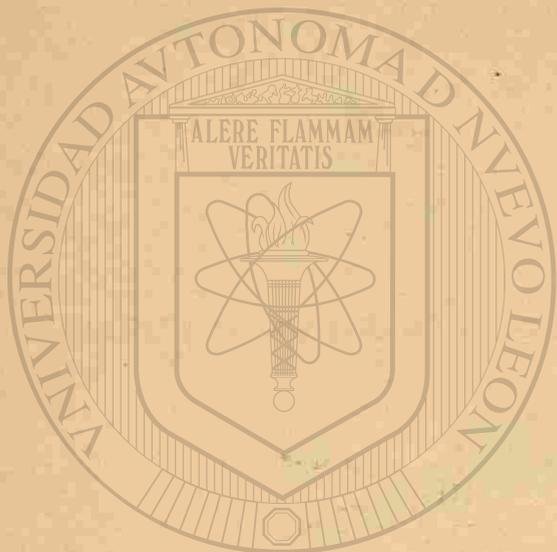
51998

M 1579

C. 4

C. D. 4

C 3



Al Señor

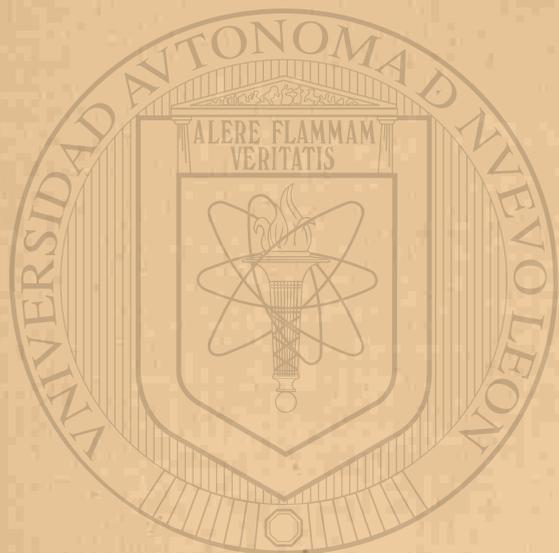
Licenciado Don Rafael Rebollar

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

003190



MI GUITARRICO.

A Prócuro F. Mesias.

«Es mi guitarrico «duce» ó plañidero
«Asigún» yo «quero»;
Tiene cinco cuerdas bien «arrestiradas»
que se «rin» ó lloran con mis «rasguñadas.»

(Canto Popular.)

A guisa de lira de oro
yo tengo mi guitarrico,
con el cual siempre acompaño
cantos del Sur á los indios.

Su caja comba es la fuerte
coraza de un armadillo,
y tiene cinco clavijas
porque sus cuerdas son cinco.

Su cuello es delgado y corto,
negra su boca de abismo;
¡boca que canta ó suspira
con un dolor infinito!

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO MEYER"
Aodo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Cuando las copiosas lluvias
 anuncian años profucuos,
 y más tarde los graneros
 se ven de mieses henchidos;

en medio á la gente agrícola,
 que festeja á San Isidro,
 se eleva el rústico canto
 de mi pobre guitarrico.

En las bodas pastoriles
 de Galatea y Mirtilo,
 lanza sus epitalamios
 y ríe de regocijo;

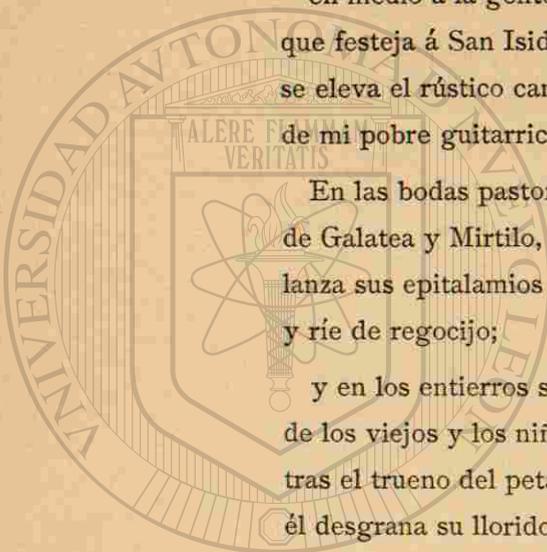
y en los entierros solemnes
 de los viejos y los niños,
 tras el trueno del petardo
 él desgrana su llorido.

Y llega la Noche Buena
 con sus brumas y sus fríos,
 y entonces lanza á los aires
 sus alegres villancicos.

¡Oh vihuelita serrana
 que llevo siempre conmigo;
 histórica cuyos nervios
 pongo en tensión al herirlos!

Pues eres la musa joven
 que inspira los versos míos,
 arrúlleme tus rasgueos,
 aduérmanme tus sonidos;

y que á tu rítmico acorde
 como á un conjuro divino,
 surjan, abiertas las alas,
 las canciones de este libro.



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



SONETO VERDE.

A Celedonio Junco de la Vega.

Es todo verde: el Iris que en pos del aguacero
de cumbre á cumbre tiéndese—soberbio arco triunfal—
al cielo trueca en lámina de payonado acero
al derramar su glauco, lumíneo y espectral.

¡Qué verde el abanico del alto cocotero!
¡qué verde la onda trémula que afluye al bejucal!
¡qué verde el guacamayo que aturde por parlero!
¡qué verde el romerillo que cubre mi jacal!

La gama de los verdes el bosque ha empenumbrado;
el Sol, como la flama de gran ponchera, ha dado
á todo un misterioso y eclógico verdor....

¡Tú sólo, niña rubia, perdida en el bosque,
eres la nota de oro del vesperal paisaje,
nota que inspira al Titiro alado, al ruiseñor!

GEÓRGICA.

A José García Rodríguez.

Alborea. Es el instante,
es el solemne momento,
en que, la luz palpitante,
su áurea bandera triunfante
despliega en el firmamento.

Se fué la noche—la negra
esclava de faz adusta—
se fué la que tanto asusta,
llegó la que tanto alegra!

¡La aurora! Ved: ya galana
como la Venus pagana,
surge en los mares de Oriente,
mostrando el seno turgente
de nivosa porcelana.

Desata sus crenchas; dora
el cielo con su atavío,
y sobre las flores llora
ese llanto que atesora
hecho perlas, el rocío.

Todo es alegre á esta hora
 en que se despierta el mundo
 de sueño triste y profundo:
 el gallo á lo lejos canta,
 y cada árbol, cada planta,
 siente las celdillas llenas
 de savia que les afluye,
 y circuládoles huye
 —sangre blanca—por sus venas.

Ya en los girones de bruma
 que del lago se desprenden
 y cual humareda ascienden,
 el caserío se esfuma.

Ya empinada en el alero
 coquettea la paloma,
 y el fragante limonero
 —arábico pebetero—
 suelta en ráfagas su aroma.

Madruga el rústico; deja
 el leñador la cabaña,
 y, el hacha al hombro, se aleja
 camino de la montaña.

Bala en el redil la oveja;
 en los lejanos corrales
 brama el selvático toro,
 y por cima los trigales,
 rizados en ondas de oro,
 se ciernen en densa nube
 los tordos madrugadores.

Entretanto, el Sol ya sube:
 se apresuran los pastores
 á ordeñar; los labradores
 van á uncir, y el buey tardío
 el testuz al yugo ofrece.

¡Qué rumor produce el río
 que colérico se hincha.....
 —gigante boa—parece
 que se escama y da pavural
 El potro piafa y relincha
 retozando en la llanura;
 soplan hábitos suaves
 susurrando en la floresta,
 y ora dulces, ora graves,
 saludan al Sol las aves

“con un himno á toda orquesta.”

*
* *

Salud, ¡oh Sol! ya tu disco,
que asoma entre las escamas
del crestón de abrupto risco,
flameante se estremece
como abanico de llamas.

Y crece el rumor, y crece
el movimiento y la vida,
cuando en el campo amanece
y á sus labores convida;
el rebaño va á la punta
del alto monte, que encierra
pasto abundoso; la yunta
va á labrar la inculta tierra;
la ronda de campesinos
de corvas hoces armada,
va por diversos caminos
á segar la mies dorada;
y las yeguas, que fustiga
látigo en mano severa,
corren á trillar la espiga
amontonada en la era.

.....
.....

¡A la lucha, labradores,
á regar vuestros sudores
en la tierra, el cielo os trajo. . . .!
¡Id á la diaria fatiga
y Dios vuestro pan bendiga,
adalides del trabajo!

U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

®

A UN LABRADOR.

A Federico de Samaniego.

El labrador es el Rey de la Naturaleza.

E. CASTELAR.

Bien haces, labrador; levanta al cielo
la sencilla plegaria; echaste el grano,
y, en llegando la lluvia y el verano,
pródigo Dios fecundará tu suelo.

¡Feliz quien busca paz, dicha y consuelo,
siendo de estas comarcas soberano!

¡Feliz quien alza encallecida mano
y bendice á sus hijos con anhelo!

Allí estás, ni envidioso ni envidiado:
no sueñas el alcázar de los reyes,
la cabaña es tu hogar pobre y honrado;

no inclinas la cerviz á duras leyes. . . .

¡Ah, cuánto gozo al verte reclinado
en el robusto lomo de tus bueyes!

EN LA HAMACA.

A Rubén M. Campos.

Descansa, es la hora. De lo alto descende
en sueltos girones la roja calina;
el Sol—ígneo loto—su cáliz enciende
y el fuego que riega los montes calcina.

Descansa, mi reina, descansa, ya es hora:
la tierra vomita su aliento de fragua;
ya todas las flores marchitas están;
el pez—áurea flecha—nervioso desflora
las ondas del agua,
y sale á los bancos de arena el caimán.

Su oliente resina sudó el liquidámbar
—aroma enervante, selvático y rico—
y el aire con tenues perfumes de ámbar
se antoja el que esparce sedño abanico.

Te aguardo impaciente, no tardes, te espero;
la hamaca á la sombra del plátano oscila;
su toldo es el toldo de un gran parasol. . . .
ya plañe la flauta del indio hamaquero. . . .

¡Oh ven, mi tranquila,
mi tierna, mi dulce torcaz-tornasol.

¡Cuán bello que ríes!... Tu boca es un broche
de rojos claveles; y en tu hombro albeante
tu obscuro cabello, semeja hosca Noche
que enreda sus sombras á un Alba triunfante.

¡Tus ojos... en ellos con fúlgido fuego
Amor—mariposa voluble—hace gala
batiendo dos pétalos de oro y azur;
en ellos un vivo placer, loco y ciego,
audaz quema el ala;
en ellos splende la lumbre del Sur!

Pareces querube tendido en la cuna,
la música oyendo de eclógicos sones,
ó bien tremulante rayito de luna,
prendido en un copo de lácteos vellones.

Descansa, mi reina, descansa, ya es hora;
la tierra vomita su aliento de horno...
ya todo se aduerme, no se irgue una flor;
allá, entre las ramas, el ave canora,

sacude el bochorno...
y en tanto, yo arrullo tu ensueño de amor.

LA CAIDA DE LA TARDE.

A Victoriano Salado Alvarez.

El día se estremece agonizante;
el Sol enrojecido centellea
del triste Ocaso en el confin distante,
como el ojo de un cíclope gigante
que próximo á cerrarse parpadea.

¡Qué confusión de cantos y rumores
al nacer la tiniebla!—Sopla el viento
manso y garrulador entre las flores,
y suenan á lo lejos los clamores
del toque de oración, místico y lento.

El tordo en el jagüey ya no se baña,
vuela hacia el nido que su amor encierra;
el ganado descende la montaña,
y el rústico retorna á su cabaña
tras de la yunta que labró la tierra.

Del sombrío manglar en la espesura
asorda el *guaco* con su bronco grito;
el zenzontle salmodia con dulzura,
y entre la sierra lóbrega y obscura
crotoran el faisán y el *totolito*.

En la extensión del bosque americano
 arrulla la torcaz bajo la chaca;
 silba el grillo un monólogo lejano,
 y la rana, escondida en el pantano,
 finge ruido estridente de matraca.

La queja de la tórtola se aduna
 á la charla del mirlo, alegre y loca,
 y en el espejo azul de la laguna
 semeja melancólica la Luna
 cuajado trozo de cristal de roca.

El polen de su luz vuelca en el suelo
 Vésper-capullo de oro que revienta—;
 y en la paleta cóncava del cielo
 se diluye á través de opaco velo
 una brochada vívida y sangrienta.

La noche prende su cendal umbrío
 y el mundo adquiere aspecto funerario:
 cabe la orilla del sonante río
 se destaca más blanco el caserío
 y surge más escueto el campanario.

Todo hace despertar un sentimiento
 de inefable y letal melancolía. . . .
 ¡No sé qué misterioso arrobamiento

hace que suba á Dios el pensamiento
 en alas de la dulce poesía!

Agoniza el crepúsculo; es la hora
 en que el genio del mal—Otelo que arde
 en la llama vivaz que le devora—
 asfixia á la Desdémoma que adora,
 á esa inocente pálida, la tarde.

ACUARELAS.

I

LA MAÑANA.

A M. Larrañaga y Portugal.

Huyó la noche. El horizonte umbrío
con cendales de oro se engalana,
y curiosa la luz de la mañana
se yergue tras el blanco caserío.

Circula en el bosquejé hálito frío,
arrastrando la voz de la campana,
y el cisne nadador de ala liviana
roza sus plumas en el haz del río.

El día va á nacer; el Sol colora
el cielo con sus vívidos fulgores
y las hacinas de rastrojo dora.

Alzan himnos los pájaros cantores,
y el rocío-el llanto de la aurora-
se deslíe en las urnas de las flores.

II

LA SIESTA.

Á José M. Bustillos.

El Sol—globo de fuego—suspendido
en el alto cenit, lento flamea,
y sobre el blando yerbazal sesteá
el rebaño á la sombra guarecido.

Cerca se oye el monótono rüido
del rudo hachero que tenaz golpea,
y allá en la selva el cuerno que voceá
de algún errante cazador perdido.

Se alza del suelo, cual vapor de horno:
en bandadas las aves van ligeras
al río, y mojan los sedientos picos;

y por calmar el estival bochorno,
cabecean á veces las palmeras,
agitando sus verdes abanicos.

III

LA TARDE

Á Enrique Fernández Granados.

El Sol se va, se hunde lentamente;
Venus asoma en el azul del cielo,
y rebujada en vaporoso velo
pálida huye la tarde al Occidente.

El tardo buey bajando la pendiente
muge cansado de labrar el suelo,
y la torcaz con desmayado vuelo
gime y solloza de su nido ausente.

Y la noche se acerca grave y muda,
surge la Luna y en su lumbré baña
el girón de celaje que la escuda.

Regresa el leñador de la montaña
y su esposa que al verlo le saluda,
lo abraza en el umbral de la cabaña.

IV

LA NOCHE.

A Miguel Bolaños Cacho.

Su cabellera de ébano desata
sobre los montes la apacible diosa
y en el palio del cielo, temblorosa,
prende luceros pálidos de plata.

Yace todo en letargo; se recata
al ósculo del céfiro la rosa,
y en calma tan solemne y religiosa
desgrana su rondel la serenata.

En el limpio cristal de la laguna
hay serpenteo rápido y luciente,
astro tras astro al reventar el broche.

¡Mirad: parece al asomar la luna,
como un nimbo de luz sobre la frente
obscura y pensativa de la Noche!

LOS ALACRANES.

A Amado Nervo.

El bigote de mi boca
sobre la tuya al besarte,
parece alacrán bermejo
sobre una rosa de carne.

(Canto popular.)

Es la siesta de oro. Ya el Sur mansamente
dormitando yace;
la afanosa araña su nipona seda
teje infatigable;
llueve sobre toda la Tierra Caliente
lumbre tremulante,
y fingen crisoles hirvientes los ríos
y su guitarrico la cigarra tañe.

Míralos: del fondo negro del terruño
que cubren las greñas de los yerbazales,
de entre los rastros del jacal indiano
y de entre las crústulas de los viejos árboles,
buscando los rayos del Sol, ya saliendo
van los alacranes!

Míralos: ansiosos, tijereteando
van entre la yerba sedientos de sangre;

todos los insectos que á su paso encuentran,
vampiros alevés, los tornan cadáveres.

¡Oh los traicioneros, oh los malhechores,
oh los criminales!

Doré á los dragones que grabó en las páginas
del libro de Dante,

no les dió el aspecto que tenéis vosotros,
viles alacranes

¿Qué loco poeta, qué astrónomo iluso
en sus ideales,

entre las miriadas de rubias estrellas
pudo distinguíros bellos y radiantes?

¿Por qué formáis parte de los misteriosos
signos zodiacales?

¡Cómo tiembas, niña; tal parece al verte,
pálida y cobarde,

que en el seno llevas un grueso puñado
de esos alacranes!

¡Oh criolla, mi criolla de ojos negros, como
dos lagos que asombran lúgubres frondajes;
la que tiene fina vellazón dorada

en la tez suave;

la que muestra labios frescos y purpúreos

que destilan néctar de anona fragante...
labios como ubérrimas tunas del Otoño
cuya carne pican pájaros voraces!

Bríndame tus labios — sangrientos claveles —
que al sentir el polen de mi beso amante
con supremo espasmo se estremecen.. dámelos..

Y cuando en la hamaca tranquila descanses,
yo — misero esclavo — con un abanico
de palmas reales,
haré que la nube de moscos se ahuyente
y seré el verdugo de los alacranes!

Entretanto, miralos: con sus ocho patas
de ganchos puntales;
la panza escamosa con su par de peines
de diáfanos ámbar;

el dorso enarcado y hecho con sortijas

pequeñas y gráciles;
vividlos los ojos múltiples; erecta

la cola y vibrante,

y abriendo y cerrando las férreas tenazas
inquisitoriales,

por entre la yerba, tijereteando
van los alacranes!

LA FLOR DEL NOPAL.

A Gregorio Torres Quintero.

A las primeras lloviznas
de la estación otoñal,
cuando en las huertas los frutos
comienzan á madurar;
pláceme ver en los campos:
— rubí, granate, coral —
brindando miel al mosquito
y aromas á la torcaz,
la sencilla, la hechicera,
la roja flor del nopal.

¡Flor de mis recuerdos, muchos,
muchos años hace ya!

á la sombra de un banano,

cabe limpio manantial,
dije á Rosa: — Yo te adoro,

sin ti no hay felicidad . . .

Y ella, oprimiendo mi mano
con cierto erótico afán,

me dió por toda respuesta
una flor: la del nopal.

Una mañana de Junio,
 mañanita de San Juan,
 fué, camino del *Mexcala*,
 Rosa, su cuerpo á bañar.
 A solas allí le dije:

—Dame un beso pasional

Y ella trémula y turbada
 posó su boca en mi faz,
 y se puso ardiente y roja
 como la flor del nopal.

Y más tarde — no lo olvido —
 fui á buscarla á su jacal,
 y al sorprenderla, de súbito
 cobarde empezó á temblar

—Vete, me dijo, estoy solal

Y yo, atrevido y tenaz,
 sin hacer caso á sus ruegos

mancillé su castidad,
 cual se mancha al deshojarse
 la roja flor del nopal.

Y después ay! murió Rosa,
 murió la agreste beldad;
 la núbil criolla suriana
 para siempre duerme en paz!

Hoy mi lira — el guitarrico —
 llora mucho al recordar
 Todo pasó murió Rosa
 y sobre su tumba está,
 símbolo de amor constante,
 la roja flor del nopal.

Por eso á la primer lluvia
 de la estación otoñal,
 cuando en las huertas los frutos
 comienzan á madurar;
 pláceme ver en los campos:
 —rubí, granate, coral —
 brindando miel á la abeja
 y aromas á la torcaz,
 la humilde flor de mis sueños,
 la roja flor del nopal!



OLEOGRAFIAS.

A Manuel Gutiérrez Nájera.

I

AL AMANECER.

Se anuncia el claro Sol tras el vecino
peñascal, donde humean los jacales,
y derraman los aires matinales
el acre olor del *oyame*ll y el pino.

Madrugador se apresta el campesino
á ordeñar la vacada en los corrales,
y los tordos invaden los maizales,
y alza el zenzontle su sonoro trino.

Se escucha en la cercana ranchería
el alerta del gallo vigilante
y el ruidoso ladrar de la jauría;
y de la Sierra en el confin distante,
los loros, con salvaje greguería,
ya comienzan su charla discordante.

II

AL CAER LA TARDE.

Cuando el Sol con pereza se abandona
en brazos de la Tarde, enardecido,
vuelve á su choza el labrador rendido
y el aire entibia la caliente zona.

El indio al son de su guitarra entona
un canto melancólico y sentido,
y en busca del regazo de su nido
llora la tortolilla cimarrona.

¡Y es de ver, cuando el día sus fulgores
sopla y apaga, mientras Venus brilla
y suenan de la esquila los clamores;

cómo con fe, con devoción sencilla,
las muchachas del pueblo llevan flores
y acuden á rezar á la capilla!



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO

EL ALMA DE LAS FLAUTAS.

A José Juan Tablada.

Tityre tu patulae recubans sub tegmine fagi,
Sylvestrem tenui musam meditaris avena.

EGLOG. I. VIRGILII.

Y los indios les inspiran á las flautas
Sus bucólicas triunfales y sus himnos!

Mientras triscan en el prado las ovejas
y retozan en las peñas los cabritos,
se congregan los pastores, bajo el toldo
que abre un misericordioso tamarindo.
Son los ángeles-custodios del rebaño;
los que acechan á los lobos carniceros
○ rondadores del aprisco;
son los buenos habitantes de la sierra,

son los indios!

Y á la sombra del gran árbol opulento,
árbol-rey, árbol proficuo,
verde lira de los vientos surianos,
camarín de los zenzontles y los mirlos,
los pastores tocan *aires* de la costa
en sus flautas de carrizo!

Una dulce ola de música se eleva
desgranando su cristal en gorgoritos:
es un chorro de silvestres armonías
que se quiebra en el azur del cielo limpio. . . .
es el alma de las cañas que se queja
impulsada por el soplo de los indios. . . .
es el alma de las cañas que solloza
por los huertos odorantes á tomillo;
por las eras donde crujen las espigas,

—oros pálidos y vivos—

por las yuntas que laboran en los campos
mansamente, con su grave porte olímpico;
por la púbera pastora Galatea
muy más blanca que el vellón del corderillo.

Y los indios les inspiran á las flautas
sus bucólicas triunfales y sus himnos!

Unas lloran con dolor de chirimía,
otras plañen como triste caramillo,
otras tienen la ternura de la avena
y otras el marcial *allegro* de los pífanos. ®

Y esa música salvaje, tan sentida,
que se escapa de las flautas de carrizo,
tiene un mágico poder: en su ala de oro
nos remonta al infinito.

Hasta el ave se avergüenza al escucharla
y en el buche esconde *tremolos* y trinos. . . .

hasta sienten los jaguares al oirla
misteriosos calosfríos,
y las víboras se arrastran hacia ella

por la influencia de su hechizo.

¡Oh buen Pan, guarda tu rústica siringa
que más dulces son las flautas de los indios!

Asombrados los zagales, bajo el toldo
que abre el misericordioso tamarindo,
mientras pacen las ovejas en el prado
y entrechocan sus pitones los cabritos,
se entretienen jubilosos é inocentes
con sus flautas de carrizo;
y en alegre ruedo todos congregados
son un grupo melancólico de Títiros.

Lenta lenta, triste triste, suave suave,
vuela el alma de las flautas de los indios;
la melena de las frondas se estremece,
se abre un surco luminoso en lo infinito,
sopla tibia y leve ráfaga de viento,
se columpia el gigantesco tamarindo;
y, de pronto, diademada de laureles,
con su túnica de armiño,

con la Lira de las Eglogas al hombro,
proyectando su gran sombra sobre el río,
dulce y tierna y melancólica y sagrada
atraviesa la figura de Virgilio. . . .

Y los indios les inspiran á las flautas
sus bucólicas triunfales y sus himnos!

PLAYERA.

A Esteban Mercenario.

Qué acuarela marina
desde la playa!

Ven á mirar la tarde
cómo desmaya. . . .

De aliento escaso,
el Sol—púgil vencido—
rueda al Ocaso.

Allá . . . lejos, flotando
sobre las aguas,
como cisnes de nieve

van las piraguas.
Ya la gaviota

busca albergue en la peña
que el mar azota.

Ya brillan los cocuyos
en los palmares,
los pescadores tornan

á sus hogares;
cierra la noche,

y— flor de luz— la Luna
despliega el broche.

Y qué noche tan tibia
de primavera,
boguemos en la barca
que nos espera. . . .
Mulata mía,
ya te aguardo en mis brazos
con alegría.

Y llegó la mulata,
nos estrechamos,
hinchó el viento la vela,
nos alejamos. . . .
nos alejamos sobre las olas
cantando *surianas*
y barcarolas.

AL CRAYON.

A José M. Ochoa.

I

PRIMAVERA.

El cielo azul, el aire embalsamado
con el olor sutil de nuevas flores,
y quebrándose en prismas de colores
la onda turgente que fecunda el prado.

La golondrina vuela en el sembrado,
nuncio de la estación de los amores,
y se allega á los pájaros cantores
que anidan en los huecos del tejado.

Esplende el horizonte y se abrillanta
bruñido por el Sol; aura ligera
desentume su ala y sopla y canta.

Y en tanto Amor, con risa halagadora,
llega al lecho feraz de la pradera
en que desnuda se recuesta Flora.

II

ESTIO.

A José P. Rivera.

¡Tibio el aire, la atmósfera pesada!
A lo lejos, mirad: por la colina,
vése cruzar la acuática gallina
en busca del raudal de la cañada.

En la sombría selva enmarañada
ni arrulla la torcaz ni el mirlo trina,
y el viento polvoroso arremolina
las hojas de la yerba calcinada.

Entona la cigarra canto ronco
entre el breñal; el campesino rudo
yace tendido sobre agreste tronco;

y echado al pie de corpulento roble,
que á los dardos del Sol sirve de escudo,
el buey abate la cabeza noble.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
FONDO REYES
MEXICO

3190

III

OTOÑO.

A Antonio de la Peña y Reyes.

Los soplos de los vientos otoñales
 las espigas de oro balancean,
 y ansiosos y voraces picotean
 sus ya maduros granos, los zarzales.

Conviértense los prados en eriales,
 las nubes se desgranán y gotean,
 y cuajados de pomos, cabecean
 en el umbroso huerto los frutales.

¡Oh pródiga estación, en que corona
 Otoño con sus frutas sazonadas
 la frente pensativa de Pomona!

¡Oh imagen de mis íntimas angustias,
 caen mis ilusiones marchitadas
 como miro caer tus hojas mustias!

IV

INVIERNO.

A Alberto Herrera.

La nevasca envolvió las formas yertas
 de la Naturaleza adormecida,
 y el Invierno con mano enflaquecida
 de la blanca estación abre las puertas.

En las desnudas ramas de las huertas
 el ave pliega el ala entumecida,
 y circulan perfumes que dan vida
 —¡almas errantes de las flores muertas!—

Así yace mi espíritu sombrío:
 lo cubrieron de escarcha los dolores,
 y se estremece ante el rigor del frío. . . .

¡Y qué importa! Al soñar idos amores,
 los recuerdos, cual ráfagas de Estío,
 traenle efluvios de sus muertas flores.

FLORINDA.

A Ignacio M. Luchichí.

Es Florinda la muchacha,
la simpática pastora
más gentil y seductora
del alegre Ajuchitlán;
son sus labios que tiñeron
de rubí los *cardenales*,
dos riquísimos panales
que manando miel están.

El nervioso y revolante
colibrí tornasolado,
busca el jugo almibarado
de esa boca virginal,
que al abrirse muestra blanca
dentadura, que se antoja
una espléndida panoja
que aun no cuaja en el *milpal*.

En su aliento tibio y blando
hay selváticos aromas,
sus mejillas son dos pomas
matizadas de carmín;

y sus ojos por brillantes,
por serenos é ímpolutos
se parecen á los frutos
del agreste capulín.

Es del Sur: de esa comarca
de productos tropicales,
la de vastos cafetales
que fecunda el ígneo Sol;
de esos campos donde cruza
Atoyac el altanero,
y donde abre el bananero
su chinesco parasol.

No bien llueve en los alcores
rosas pálidas la aurora,
cuando vase la pastora
á un estanque entre el juncal;
y allí baña con deleite
de la linfa en los cristales,
los hechizos sensüales
de su cuerpo escultural.

Y comienza su trabajo:
se dirige á la majada,
y entre toda la vacada

á su *josca* va á ordeñar;
y después que ha concluído,
el cacharro al hombro se echa
y retorna satisfecha
caminito de su hogar.

Cuando el Sol se ha levantado
—ascua de oro— tras la cumbre,
y el influjo de su lumbrer
todo aviva al parecer;
la zagala bulliciosa,
con donaire y con salero,
á su novio, á su *yuntero*
lleva alegre de comer.

¡Ah! Florinda nunca tiene
un instante de sosiego,
por sus venas corre fuego:

es ardiente y es feliz.
Ora silba á los *zinzontes*
pastoral canción sencilla,
ora envuelve mantequilla
en las hojas del maíz;

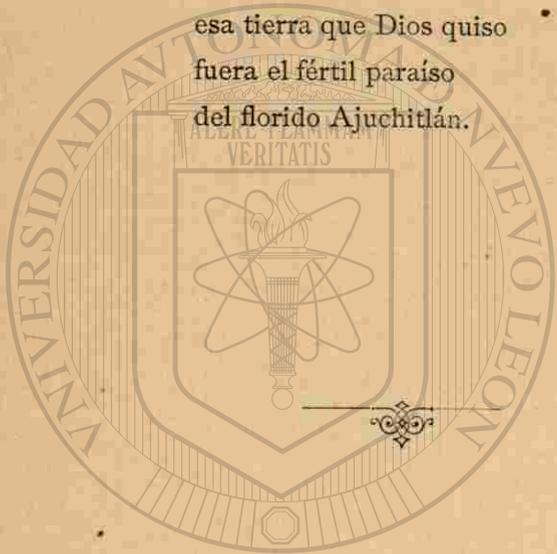
Ora riega los jacintos,
las violetas, los claveles,

retozando en los vergeles
como inquieto pica-flor;
ora teje fina hamaca
(muestra en todo su progreso)
ó fabrica el lácteo queso
que le ofrece á su señor.

Es de verla los domingos
con las criollas de su raza,
caminar rumbo á la plaza,
con su garbo y con su sal;
y lucir la gargantilla,
los aretes, el peinado,
y en el talle, bien terciado
el rebozo nacional.

Y seguido se confiesa
con el viejo *tata cura*,
quien celebra su hermosura
y de bodas le ha de hablar;
mientras ella, el rostro bajo,
ruborosa, avergonzada,
queda trémula y turbada
sin poderle contestar.

Así vive la zagala,
la simpática Florinda,
siempre fresca, siempre linda,
trabajando con afán;
en su pueblo, allá en su tierra,
esa tierra que Dios quiso
fuera el fértil paraíso
del florido Ajuchitlán.



GRIS.

A Joaquín Pedraza.

Qué tristes se presentan los campos en Otoño!
No existe ni un capullo, no queda ni un retoño,
y gris tornóse el cielo,
el cielo antes azul.

Se fué la charlatana, viajera golondrina,
los nidos están solos, y flota la neblina
surgiendo de los lagos como cendal de tul.

Al fin murió la tarde; tras su fulgor escaso,
la fúnebre tiniebla ensombreció el Ocaso,
y el astro de la noche
ya enciende su fanal.

Crepita la hojarasca dispersa en la llanura,
y gime la huilota temblando de ternura,
echada entre los surcos polvosos del maizal.

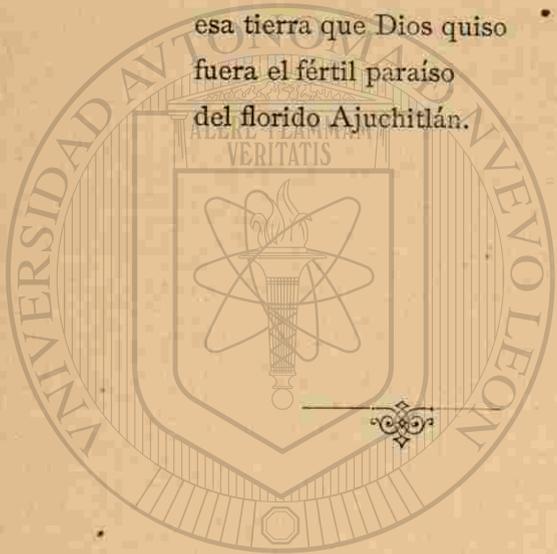
Naturaleza mustia, naturaleza fría,
Naturaleza triste, mi sola poesía,

es todo el Universo

tu vasto panteón.

No bien llega el Otoño, no bien se acerca Octubre,
te cubres de hojas secas como también se cubre
de muertas esperanzas mi enfermo corazón.

Así vive la zagala,
la simpática Florinda,
siempre fresca, siempre linda,
trabajando con afán;
en su pueblo, allá en su tierra,
esa tierra que Dios quiso
fuera el fértil paraíso
del florido Ajuchitlán.



GRIS.

A Joaquín Pedraza.

Qué tristes se presentan los campos en Otoño!
No existe ni un capullo, no queda ni un retoño,
y gris tornóse el cielo,
el cielo antes azul.

Se fué la charlatana, viajera golondrina,
los nidos están solos, y flota la neblina
surgiendo de los lagos como cendal de tul.

Al fin murió la tarde; tras su fulgor escaso,
la fúnebre tiniebla ensombreció el Ocaso,
y el astro de la noche
ya enciende su fanal.

Crepita la hojarasca dispersa en la llanura,
y gime la huilota temblando de ternura,
echada entre los surcos polvosos del maizal.

Naturaleza mustia, naturaleza fría,
Naturaleza triste, mi sola poesía,

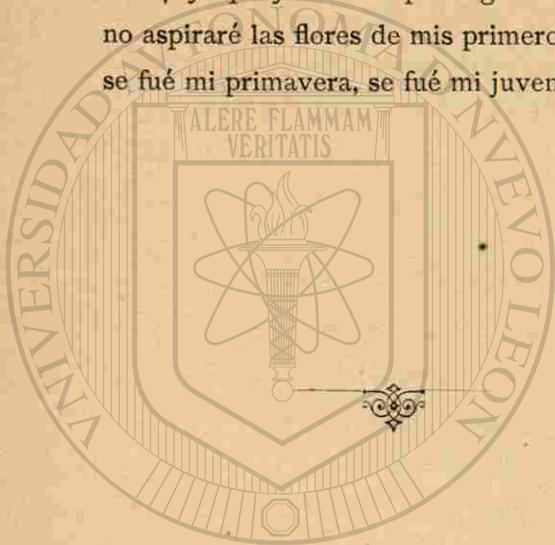
es todo el Universo

tu vasto panteón.

No bien llega el Otoño, no bien se acerca Octubre,
te cubres de hojas secas como también se cubre
de muertas esperanzas mi enfermo corazón.

Cuando la Primavera despierte á los amores,
y fecundice el suelo, y traiga aves y flores,
ya te alzarás soberbia
del lúgubre ataúd.

Mas ¡ay! que yo abatido por negros desengaños,
no aspiraré las flores de mis primeros años;
se fué mi primavera, se fué mi juventud!



CLARO-OBSCURO.

A Bernabé Bravo.

I

LA TORMENTA.

¡Qué confuso rumor! ¡Qué algarabía
se escucha de la selva entre el ramaje!
Estalla el trueno con fragor salvaje
retumbando en la obscura serranía.

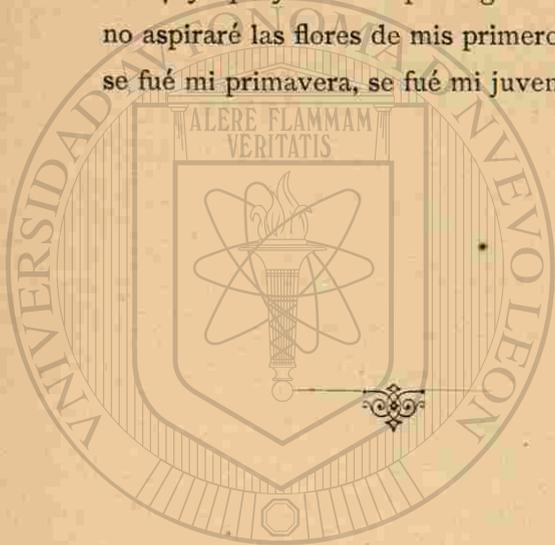
El relámpago azota la sombría
inmensidad del lúgubre paisaje,
y el huracán sus gritos de coraje
mezcla á la desacorde sinfonía.

¡Qué fúnebre concierto! ¡Qué estridentes
notas! ¡Oh Dios! la tempestad se hizo:
derriba troncos, vuelca los torrentes....

¡Mirad: el cielo, cual cristal plomizo,
llorando se desgrana en transparentes
lágrimas congeladas de granizo!

Cuando la Primavera despierte á los amores,
y fecundice el suelo, y traiga aves y flores,
ya te alzarás soberbia
del lúgubre ataúd.

Mas ¡ay! que yo abatido por negros desengaños,
no aspiraré las flores de mis primeros años;
se fué mi primavera, se fué mi juventud!



CLARO-OBSCURO.

A Bernabé Bravo.

I

LA TORMENTA.

¡Qué confuso rumor! ¡Qué algarabía
se escucha de la selva entre el ramaje!
Estalla el trueno con fragor salvaje
retumbando en la obscura serranía.

El relámpago azota la sombría
inmensidad del lúgubre paisaje,
y el huracán sus gritos de coraje
mezcla á la desacorde sinfonía.

¡Qué fúnebre concierto! ¡Qué estridentes
notas! ¡Oh Dios! la tempestad se hizo:
derriba troncos, vuelca los torrentes. . . .

¡Mirad: el cielo, cual cristal plomizo,
llorando se desgrana en transparentes
lágrimas congeladas de granizo!

II

DESPUES DE LA TORMENTA.

¡La tempestad pasó! ¡Todo fué breve!
Finge la lluvia gotas de rocío
sobre el verde gramal, y turbio el río
dentro su cauce, bramador se mueve.

Se disipa el nublado; viento leve
sopla del monte, susurrante y frío;
sacúdense el corcel con noble brío
y el cisne esponja su plumón de nieve.

Al fin cesó la formidable guerra:
no fulgura el relámpago, ni el trueno
con su estallido de cañón aterra;

y—símbolo de paz—rasgando el seno
del firmamento azul, sobre la sierra
sonríe Iris límpido y sereno.

DEL NATURAL.

A Antonio Zaragoza.

I

ALBA.

Amanece. Se ciñe la aurora
vaporosos cendales de gasa,
como novia gentil que á su amante
con los brazos abiertos aguarda.

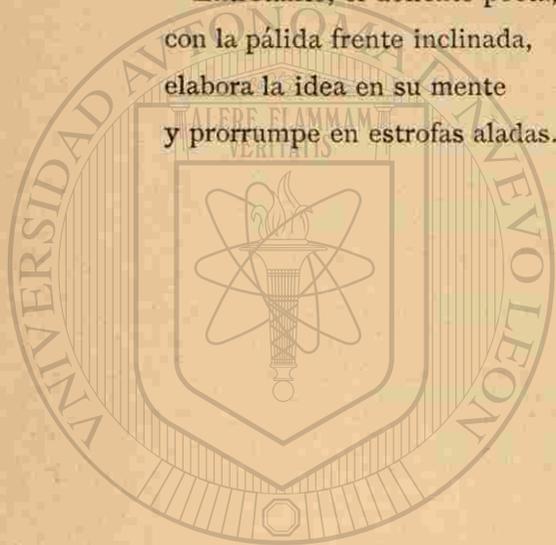
Retrozando se van del alero
las palomas azules y blancas,
y atraviesan el límpido espacio
como castos ensueños de infancia.

Ríe el cielo, fulgura el rocío,
brotan flores, los pájaros cantan,
y á las rudas fatigas del campo
el feliz labrador se prepara.

Tras las altas montañas de Oriente
surge el Sol, entre un golfo de llamas,
y en hirviente explosión se desborda
arrojando corrientes de lava.

Tañe el viento las ramas; el río
vibra un himno al Criador en su arpa
de cristal, y de nidos y frondas
misteriosos rumores se alzan

Entretanto, el doliente poeta,
con la pálida frente inclinada,
elabora la idea en su mente
y prorrumpe en estrofas aladas.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

II

MEDIO DÍA.

A Angel de Campo.

Medio día. De Febo se inyecta
la pupila brillante de fuego
en el áureo cenit; con bochorno
ya los tordos, los picos abiertos,
van llegando al aguaje en parvada
y desfloran las ondas sedientos.

El rebaño descansa á la sombra
de follajes tupidos y frescos,
y semejan puñados de cuentas
al zumbir y bullir los insectos.

Se recatan temblando los mirtos
—rojos labios que esquivan los besos
al cariño estival de la Siesta
que desnuda se tiende en el huerto.

Reina un hondo silencio; tan sólo
del audaz cazador se oye el cuerno
que en la augusta quietud de la sierra
vagar deja imponente su eco. . . .

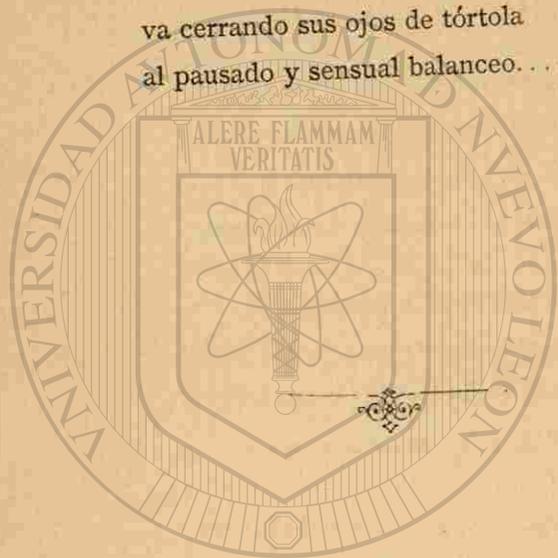
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Avda. 2665 MONTERREY, MEXICO

®

003190

Todo está aletargado: los ríos,
las florestas, las aves, el viento. . . .

Y tendida indolente en su hamaca,
núbil criolla de oscuros cabellos,
va cerrando sus ojos de tórtola
al pausado y sensual balanceo. . . .



CROQUIS.

A Manuel M. González.

I

STELLA MATUTINA.

Con estremecimientos voluptuosos
despertó la riente madrugada,
la cabellera rubia destrenzada
y envuelta con cendales vaporosos.

Circulan calosfríos misteriosos
por la sierra, y el valle, y la hondonada,
y allá en el florestal, la orquesta alada
puebla el aire de trinos deleitosos.

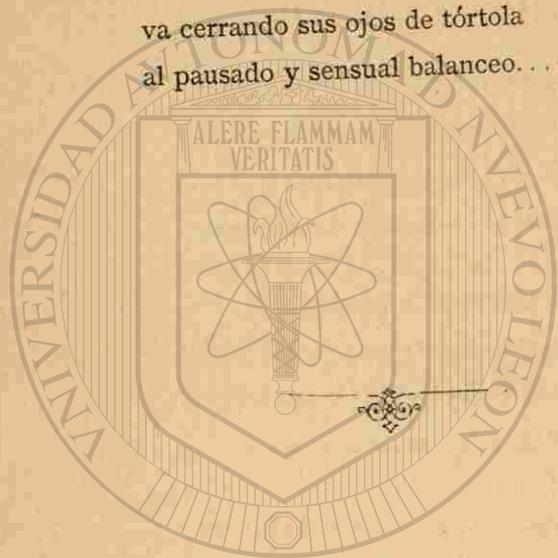
Alborea: en las ondas de la fuente
algo esplende magnífico, algo azoga
el opaco cristal de su corriente;

mientras la estrella matinal que boga
en los profundos mares del Oriente,
en áurea y viva claridad se ahoga.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Todo está aletargado: los ríos,
las florestas, las aves, el viento. . . .

Y tendida indolente en su hamaca,
núbil criolla de oscuros cabellos,
va cerrando sus ojos de tórtola
al pausado y sensual balanceo. . . .



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CROQUIS.

A Manuel M. González.

I

STELLA MATUTINA.

Con estremecimientos voluptuosos
despertó la riente madrugada,
la cabellera rubia destrenzada
y envuelta con cendales vaporosos.

Circulan calosfríos misteriosos
por la sierra, y el valle, y la hondonada,
y allá en el florestal, la orquesta alada
puebla el aire de trinos deleitosos.

Alborea: en las ondas de la fuente
algo esplende magnífico, algo azoga
el opaco cristal de su corriente;

mientras la estrella matinal que boga
en los profundos mares del Oriente,
en áurea y viva claridad se ahoga.

®

II

AVE FEBE.

A José López Portillo y Rojas.

Van creciendo en el Orto los fulgores
de la luz matinal. Y todo esplende:
el plumaje del pájaro que hiende
el espacio con tímidos temblores;

la gota de rocío que en las flores
—esmalte de cristal—la noche prende,
y la fontana que sus linfas tiende
produciendo al rodar blandos rumores.

De pronto el Sol, cual llamarada roja,
sus ósculos imprime á la amarilla
faz del cielo en las ráfagas que arroja;

y el firmamento ruboroso brilla
como al beso furtivo se sonroja
de una virgen la pálida mejilla.

TEMPESTAS.

A Manuel J. Othón.

Entre oscuros y densos nubarrones
el Sol en el Ocaso palidece;
braman desenfrenados aquilones
y semejan estruendo de cañones
los rayos que retumban. . . .

¡Atardece!

¡La tempestad embravecida llega!
De súbito fulgura tras la cumbre
que un mar de sombra impenetrable anega,
el cárdeno zig-zag que se despliega
como un ala fantástica de lumbre!

¡Llueve! Las gruesas gotas se desprenden
con rumor de raudal que se desata,
fingiéndose flechas que el espacio hienden,
ó en las hojas, do trémulas se prenden,
lágrimas melancólicas de plata.

En tanto, el Genio de la faz obscura
derrama sus tinieblas con derroche
en la ciudad, el valle y la espesura,

y se aumenta con ellas la pavora
del cuadro funeral.

¡Se hace la noche!

Ya la lechuza de plumaje lacio,
con gritos de terror el aire puebla;
y rauda cruza el infinito espacio,
ensanchando sus ojos de topacio
que rasgan flarescentes la tiniebla.

¡Hora de inmensa lucha! En el ramaje
del árbol que en la selva se levanta,
Eolo á veces como en un cordaje
con ímpetu colérico y salvaje
el himno rudo de los vientos canta.

La garza deja el lago; en pos del nido
torpe y medrosa en el tular se interna;
y, del espeso bosque en lo escondido,
el leopardo feroz lanza un rugido
y corre á guarecerse en la caverna.

Revienta el rayo; á su estallido horrendo
el águila se aterra, pues advierte
viendo rodar las rocas con estruendo,
que con ellas su nido irá cayendo
y sus polluelos hallarán la muerte.

Y llueve. Y el relámpago despliega
tras el crestón de la empinada cumbre,
que un mar de sombra impenetrable anega,
su ala inmensa y fantástica, que ciega
con los fulgores de su viva lumbre.

Solo estoy. Y en el mudo paroxismo
que infunde á mi alma el batallar profundo,
siento abrirse á mis plantas un abismo. . . .
que quizá en tan tremendo cataclismo
de su eje inmenso se desquicia el mundo!

Cesó de pronto la infernal balumba
que hizo un momento trepidar la tierra;
el aire huracanado ya no zumba;
sólo se oye á lo lejos que retumba
el trueno en las gargantas de la sierra.

Se alejó la tormenta; el turbio río
se desborda entre abruptos peñascales,

inunda la extensión del bosque umbrío
y en el barranco arrójase bravío;
lleva en sí piedras, troncos y animales. . . .

Y tal imita el rápido torrente,
al descender audaz de roca en roca,
brioso corcel, que al freno inobediente,
da un relincho, encabritase impaciente,
el precipicio salva. . . . y se desboca!

Cesaron por completo los rumores
tempestuosos; la noche está tranquila;
riega el aire al soplar frescos olores,
y los astros, rompiendo los negroses,
abren parpadeando su pupila.

Y se inflama la atmósfera serena,
vibra el éther, se argenta la hojarasca. . . .

¡Oh! qué pasa? ¿no veis? . . . La luna llena
surge alumbrando con su luz la escena
que envolvió en sus tinieblas la borrasca.

LA CRUZ DE LA MONTAÑA.

A Rafael Delgado.

¡Oh, qué erguida que estás en lo elevado
del peñón que circunda la maleza!
¡Qué rústico el altar donde te reza
tarde por tarde el campesino honrado!

Al evocar la mente tu pasado,
salta á los ojos llanto de terneza;
que en ti, Jesús, herido con vileza,
murió por redimirnos del pecado.

Y pues abres tus brazos protectora
á todo el que te busca con anhelo,
insignia de pasión, cruz redentora,

deja acogerme á ti, sé mi consuelo,
y sé también la tabla salvadora
que en el naufragio me conduzca al cielo. ®

LAS CANTARIDAS.

A Jesús E. Valenzuela.

«Unas quieren á la buena
y otras quieren á la mala:
para unas es mi cariño
y para otras las cantáridas.»

Canto popular.

Del *chayotl* sobre las guías
verdes, brillantes y largas,
en los amarillos cálices
de flores de calabaza,
ó del *guaje* entre las hojas
elegantes y afelpadas,
se ven, como puntos negros
brillando al sol, las cantáridas.

Acércate á verlas: tienen
cabeza negruzca y cárdena,
sobresalientes mandíbulas,
robustas patitas largas,
acerado corselete,
breves antenas delgadas,
élitros verde-metálico
y voluminosa panza.

¿Las conociste? ¿Son bellas?
¿No te asustaron? ¿Te agradan?
¿Sí? Pues déjame decirte
por qué cantarles me halaga,
por qué vengo á recogerlas
en esta redoma diáfana
que bien pudiera llamar
una *redoma encantada*.

Para las criollas esquivas,
para aquellas que no aman,
para las que no han sentido
circular fuego en el alma,
para las que mi ternura
y mi cariño rechazan,
para esas mujeres-mármol,
para esas, son las cantáridas.

Yo soy tu amigo y te cuento
mis secretos y artimañas,
á ti te confío todas
mis más recónditas ansias;
pero no te digo cómo,
sin que se sospechen nada,
al interior las aplico
hechas polvo, las cantáridas!

¿Que te cuente? ¡Curiosilla!
 ¡Al fin mujer! ¡Todo indagas!
 ¡Bah! Para ti la receta
 es de ninguna importancia. . . .
 ¿Tú me quieres? ¿Sí? Pues eso
 me satisface y me basta . . .
 Nunca sepas cómo aplico
 para el amor las cantáridas.

Amame siempre: sé de esas
 mujeres apasionadas
 que no necesitan cáusticos
 que les ampulen el alma. . . .
 que sean tus brazos serpes
 que me estrangulen con rabia. . . .
 Bésame. . . . tu boca quema
 como una divina brasa!

Clávame hondo tus pupilas
 de pantera, enarenadas
 de oro. . . . tus pupilas verdes
 —dos trémulas gotas de agua
 que hiere un rayo de luna
 sobre dos hojas de malva—
 y entona este cantarcillo
 de tu bardo en la guitarra:

*Unas quieren á la buena
 y otras quieren á la mala:
 para unas es mi cariño
 y para otras las cantáridas.*

JUAN EL YUNTERO.

A José Peón del Valle.

¿Por qué está triste *Juan el yuntero*?

¿Por qué el indito llorando está?

¿Por qué solloza, por qué se queja
allá en el fondo de su jacal?

¿Le ha desairado la guapa criolla
de frescos labios de flamboyán,
cuyos ojuelos miran dormidos
como los ojos de la torcaz?

¿Acaso lejos de su serrana
nadie acompaña su soledad?

¿Acaso sabe que le ha olvidado
y siente celos el rabadán?

¿Qué es lo que tiene *Juan el yuntero*?

¿Quién le ha causado tan grave mal?

¿Acaso ha muerto su madrecita?

¿Por eso al monte no va á leñar?

Dejad al indio que en la guitarra
cuenta sus penas. . . . que llore más. . . .

Vamos, comienza — le gritan todos —

Y así muy triste comienza Juan:

«Estoy enfermo, tengo una pena
que no me deja vivir en paz:

perdí al buey pinto que más quería,
mi mejor yunta truncada está!

¡Qué encornadura, qué corpulencia,
qué bella estampa del animal!

¡Era muy fuerte para el trabajo,
no se cansaba nunca de arar!

¡El fué la causa de aquellas mieses
que florecieron en mi heredad,
y él fué la causa de la riqueza
que en mis graneros guardada está!

¡Vivan los bueyes, los nobles bueyes
Que son del campo nuncio de paz!
El «*De Profundis*» de sus mugidos
es como himno de libertad!»

Y calló el indio; sonó un aplauso
de los labriegos, al terminar,

y hoy todos saben la fútil causa
que le produce tan grave mal.

Hoy todos saben por qué tan triste,
por qué tan triste llorando está,
el pobrecito *Juan el yuntero*
allá en el fondo de su jacal. . . .

LAS PALMERAS.

A Balbino Dávalos.

(RONDEL).

En apretado regimiento,
luciendo altivas sus cimeras,
ondulan trémulas al viento
—gentiles criollas— las palmeras.

Como flotantes cabelleras
que destrenzó huracán violento
—lánguidas criollas— las palmeras
ondulan trémulas al viento.

Ya muestren frutas tempraneras,
ya su triunfal florecimiento,
ó finjan haces de banderas,
amo á esas criollas, las palmeras
que ondulan trémulas al viento.

NUPCIAS DE AGUILAS.

A Efrén Rebolledo.

La tarde.

Es un mar de oro el horizonte
y un selvático templo la montaña;
el Sol finge en la gloria del crepúsculo
un gran escudo azteca entre las llamas,
que deja ver, al coruscar, el rostro
de un viejo emperador.

De pronto, raudas
—impuros pensamientos dentro el cráneo
de una impúbera virgen— la incendiada
y transparente atmósfera atraviesan
—aves apocalípticas— dos águilas.

¿De dónde vienen? De las agrias cumbres
de las sierras surianas.

¿A qué han llegado? A celebrar sus bodas
en el fondo sin luz de la hondonada.
Vedlas: El moño de su testa altiva,
triunfal penacho de guerrero iguala;
sus ojos bajo el arco de las cejas,
en el paisaje vespéral se espacian.

Corvos sus picos son y también corvas
 las asesinas garras,
 que hunden en el ijar de los jaguares
 y rompen de la boa las escamas.

Ambas ciñen collar como unas reinas,
 collar de plumas blancas
 que en el flexible cuello sobresale

entre plumas leonadas.
 Vedlas: Acaban de posar el vuelo,
 y ya los abanicos de las alas
 nerviosamente agitan. . . .

A un aprisco
 de pronto alevos bajan,
 y el tímido rebaño al presentirlas
 acobardado se alborota y bala.

Y se perpetra el crimen. Alevosas
 suspenden en los garfios de sus garras,

la una, un cabrito negro;

la otra, una oveja blanca.

Y el pastor, á los trémulos balidos

que las víctimas lanzan,

vuelve la faz al cielo, ve en el aire
 con la rapiña á las malditas águilas,

y con el dorso de la diestra enjuga

en su rostro de Pan, algunas lágrimas.

Entretanto, la noche — esclava nubia —
 tras de su largo viaje por el Sahara
 planta su tienda en el agreste Oasis
 de la más rica flora americana.

Y al sacudir el polvo del camino
 de su veste enlutada
 enjoya el dombo azul del firmamento
 con estrellas muy pálidas.

La noche.

Hay un olímpico banquete
 en el fondo sin luz de la hondonada;
 hay fruiciones y espasmos y aleteos
 en el nido de amores de las águilas. . . .

Y toca el viento un himno epitalámico
 en su clarín de plata.

EN LA MUERTE DE UN POETA SURIANO.¹

Ya descansas en paz bajo otro cielo.
Lejos, muy lejos de la Patria mía,
tranquilo duermes en la tumba fría
cual nuevo Dante en extranjero suelo.

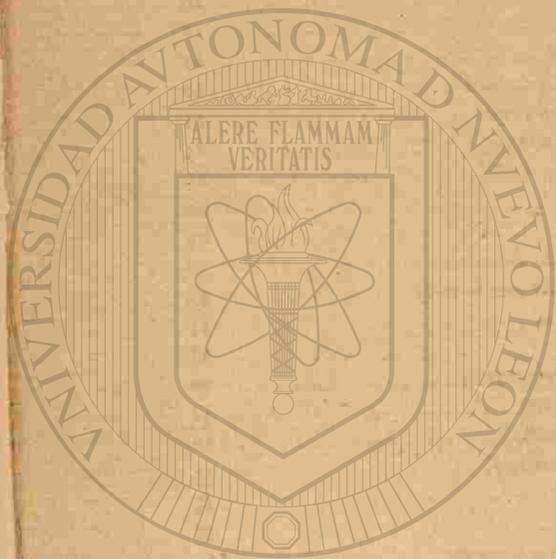
Llora la Juventud con hondo duelo
su perpetua orfandad. . . . quedó sin guía,
y en su arpa la pálida Elegía
—tórtola sollozante— alza su vuelo.

Caíste al golpe de la muerte herido,
como en el Circo el gladiador romano
cansado de luchar, rueda vencido. . . .

Mas no importa! Tu numen soberano,
aun en las sombras del sepulcro, hundido
baña en su luz al mundo americano.

¹ Este soneto fué escrito en la creencia de que los restos del Sr. Ignacio M. Altamirano quedarían en San Remo (Italia), donde murió.





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

INDICE.

	Págs.
Mi guitarrico	7
Soneto verde.	10
Geórgica.	11
A un labrador	16
En la hamaca	17
La caída de la tarde	19
<i>Acuarelas.</i> — I. La mañana	22
II. La siesta.	23
III. La tarde	24
IV. La noche.	25
Los alacranes	26
La flor del nopal	29
<i>Oleografías.</i> — I. Al amanecer	32
II. Al caer la tarde.	33
El alma de las flautas	34
Playera	38
<i>Al crayón.</i> — I. Primavera	40
II. Estío	41
III. Otoño	42
IV. Invierno.	43
Florinda.	44
Gris.	49
<i>Claro-oscuro.</i> — I. La tormenta	51
II. Después de la tormenta	52
<i>Del natural.</i> — I. Alba	53
II. Medio día.	55
<i>Croquis.</i> — I. Stella matutina	57
II. Ave Febe.	58
Tempestas.	59
La cruz de la montaña	63
Las cantáridas.	64
Juan el yuntero	68
Las palmeras	70
Nupcias de águilas	71
En la muerte de un poeta suriano	74



UAN

DAD AUTÓNOMA DE NUEVO

CIÓN GENERAL DE BIBLIOTEC

